

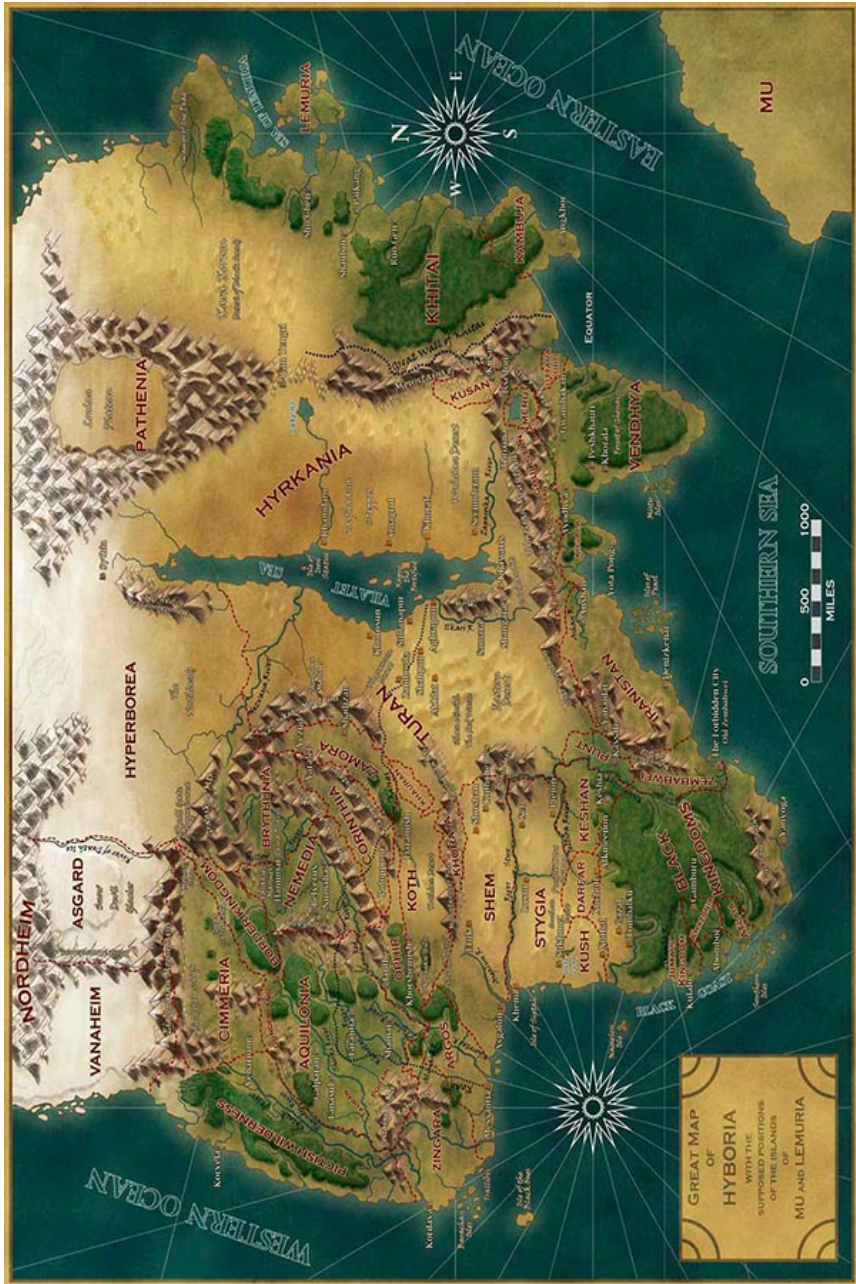
Robert E. Howard

CONAN EL AVENTURERO



En una época anterior a la historia conocida, antes de que los continentes adoptaran su forma actual, recorrió el mundo un héroe indómito y legendario, de quién se dice que llegó a él en un campo de batalla. Su nombre era Conan.

El rey Yerzdigerd a logrado aplastar a las huestes de kozacos lideradas por Conan, y este se une entonces al ejército de Iranistán, uno de los enemigos más poderosos de Turán. Sin embargo, Conan declina seguir al servicio de monarca alguno y, una vez más, emprende el vagabundeo en busca de fortuna. Tiene unos treinta y tres años, está en la cumbre de su potencia física y conoce de primera mano tanto las naciones civilizadas como los reinos salvajes de la Edad Híboria.



Introducción

Robert Ervin Howard (1906-1936) nació en Peaster, Texas, y vivió la mayor parte de su vida en la ciudad de Cross Plains, situada en la zona central de Texas. A lo largo de su breve vida escribió y publicó una gran cantidad de relatos de ficción menores de diversos géneros: deportivo, de detectives, del Oeste, historias de aventuras orientales, así como una serie de cuentos fantásticos. De todas las obras de fantasía heroica de Howard, las que han gozado de mayor popularidad han sido las historias de Conan. Estas transcurren en una imaginaria Edad Hiboria inventada por Howard y situada hace unos doce mil años, entre el hundimiento de Atlantis y los albores de la historia escrita conocida por todos. Howard fue un narrador nato cuyos relatos no han sido superados en cuanto a interés, intensidad, emoción y dinamismo de la acción. Las historias de Conan son el summum de los cuentos de aventuras, con una fuerte dosis de elementos siniestros y sobrenaturales.

Howard escribió unos treinta relatos de Conan, cuya extensión oscila entre 3000 y 60 000 palabras. De estos, dieciocho fueron publicados en vida del autor. En los años siguientes a su muerte, aparecieron entre los papeles de Howard una gran cantidad de manuscritos completos, así como bosquejos y fragmentos de cuentos. He tenido el gusto de preparar para su publicación la mayor parte de estos relatos, completando los que estaban inacabados y reescribiendo algunos otros cuentos de Howard, a fin de incluirlos entre las aventuras legendarias de Conan.

Uno de los cuentos que aparecen en este libro, «Los tambores de Tombalku», fue descubierto por Glenn Lord, el agente literario de las obras de Howard. Se trataba de un esquema general de la historia y de un borrador de la primera mitad del relato. He completado el cuento siguiendo este esquema. Los otros tres relatos aparecen tal como fueron publicados en *Weird Tales* a comienzos de la década del treinta, con excepción de algunos cambios mínimos con carácter de corrección.

En la medida en que se puede calcular este tipo de datos, se supone que Conan vivió hace unos doce mil años. En esa época, según Howard, la parte oeste del continente principal estaba ocupada por los reinos hiborios. Estos eran una constelación de pequeños estados fundados por invasores del norte (es decir, los hiborios) tres mil años antes, sobre las ruinas del imperio maligno de Aquerón. Al sur de los reinos hiborios se encontraban las belicosas ciudades-estado de Shem. Más allá de Shem dormitaba el antiguo y siniestro reino de Estigia. Más al sur, allende los desiertos y las sabanas, se hallaban los salvajes reinos negros.

Al norte de los hiborios estaban las tierras bárbaras de Cimmeria, Hiperbórea, Vanaheim y Asgard. Al oeste, a lo largo del océano, vivían los crueles y violentos pictos. Hacia el este florecían los reinos hirkanios, entre los que destacaba Turan, el más poderoso de todos.

Conan, un gigantesco aventurero de la bárbara Cimmeria, llegó de joven al reino de Zamora, que se hallaba entre las tierras hiborias y Turan.

Durante dos o tres años se ganó la vida como ladrón en Zamora, Corintia y Nemedía. Cansado de su existencia precaria, se alistó como mercenario en el ejército de Turan. Durante los años siguientes viajó mucho y perfeccionó sus conocimientos como arquero y jinete.

Algún tiempo después, Conan tuvo que abandonar Turan como consecuencia de una pelea con un oficial superior. Después de un intento frustrado de hacerse con un te-

soro en Zamora y de una breve visita a su Cimmeria natal, se embarca en la carrera de soldado mercenario en los reinos hiborios. Las circunstancias (violentas, como de costumbre) lo convierten en pirata de las costas de Kush, donde los nativos lo llaman Amra el León. Cuando su compañera, la pirata shemita Belit, es asesinada, él se convierte en jefe de una de las tribus negras. Después sirvió como mercenario en Shem y en los reinos hiborios del sur.

Más tarde, Conan aparece como jefe de los kozakos, una horda de proscritos que asola las estepas que se encuentran entre las tierras hiborias y Turan. Se convierte en jefe pirata de un grupo de corsarios en el gran mar interior de Vilayet y en jefe de los nómadas zuagires de los desiertos del sureste. Después de una temporada como capitán de mercenarios en el ejército del rey de Iranistán, llega a los alrededores de los montes Himelios, una vasta extensión de tierras inhóspitas que se encuentran entre Iranistán, Turan y el reino tropical de Vendhia. Aquí es donde comienza este libro.

L. Sprague de Camp

El pueblo del Círculo Negro

Después de rechazar la oferta de Arshak, el sucesor de Kobad Sha, para volver al servicio de Iranistán y defender el reino contra las incursiones del rey Yezdigerd de Turan, Conan cabalga hacia el este, en dirección a los montes Himelios, situados en la frontera noroeste de Vendhia. Allí se convierte en jefe de los salvajes afghulis. El cimmerico tiene ahora unos treinta y tres años, está en la cima de su potencia física y es conocido en todas partes, tanto en el mundo civilizado como en el bárbaro, desde la tierra de los pictos hasta Khitai.

1. La muerte de un rey

El rey de Vendhia se estaba muriendo. La noche era cálida y sentía que la cabeza estaba a punto de estallarle. El terrible latido de sus sienes creaba un débil eco en la habitación de cúpula dorada. El rey Bhunda Chand luchaba contra la muerte en una tarima recubierta de terciopelo. Su piel estaba perlada de brillantes gotas de sudor. Sus dedos se crispaban sobre la tela bordada con hilos de oro en la que descansaba su cuerpo. Era joven. Nadie le había lanzado una flecha, ni había vertido veneno en su vino. Pero sus venas azuladas resaltaban como cuerdas en sus sienes y sus ojos estaban desorbitados ante la proximidad de la muerte. Al pie de la tarima había varias temblorosas esclavas arrodilladas, y a su lado se hallaba su hermana, la Devi Yasmina, inclinada sobre él, contemplándolo con apasionada intensidad. La acompañaba el wazam, un noble que había envejecido en la corte del rey.

La joven levantó la cabeza con un gesto de ira y desesperación, mientras oía el distante redoble de los tambores.

—¡Esos sacerdotes y su algarabía! —exclamó—. ¡No valen más que las sanguijuelas! Mi hermano se está muriendo y nadie sabe por qué. Sí, se muere, y aquí estoy yo, que tampoco sirvo para nada... yo, que sería capaz de incendiar toda la ciudad y de derramar la sangre de miles de hombres para salvarlo.

—Nadie en Ayodhya puede hacer nada por él, Devi —dijo el wazam—. Este veneno...

—¡Te digo que no se trata de veneno! —gritó la joven—. Mi hermano estuvo tan celosamente protegido desde que nació que no pudieron llegar hasta él ni los más hábiles envenenadores de Oriente. Los cinco cráneos de la Torre de los Cautivos constituyen una clara prueba de los intentos que ha habido en ese sentido. Todos fracasaron. Como sabes muy bien, hay diez hombres y diez mujeres cuya única obligación consiste en probar su comida y su bebida, y cincuenta guerreros armados custodian sus aposentos. No, no se trata de veneno. Es brujería..., es espantoso..., es magia negra.

La joven guardó silencio y el rey habló. Sus pálidos labios apenas se movieron y sus ojos vidriosos no reconocían a nadie. Pero su voz se alzó en una pavorosa llamada, confusa y distante, como si la llamara desde allende los abismos barridos por el viento.

—¡Yasmina! ¡Yasmina! Hermana, ¿dónde estás? No te encuentro. Todo es oscuridad y solo oigo el rugido de vientos terribles.

—¡Hermano! —gritó Yasmina, sosteniendo su mano inerte convulsivamente—. Estoy aquí. ¿No me reconoces...?

No hubo respuesta. El rostro del rey reflejaba el vacío más absoluto. De sus labios surgió un murmullo confuso e ininteligible. Las esclavas que estaban arrodilladas a los pies de la tarima sollozaron gimiendo de miedo y Yasmina, arrebatada por la angustia, se golpeó el pecho con los puños.

En otro lugar de la ciudad, había un hombre asomado a un balcón enrejado que daba a una larga calle. En esta brillaban numerosas antorchas que daban relieve a los rostros de piel oscura y blancos ojos que miraban hacia arriba. De la multitud partía ocasionalmente un lamento que parecía un canto fúnebre.

El hombre se encogió de hombros y se volvió hacia una habitación llena de arabescos. Se trataba de un individuo

alto y corpulento, lujosamente ataviado.

—El rey aún no ha muerto, pero ya suenan los cantos fúnebres —le dijo a otro hombre que estaba sentado sobre una esterilla, en un rincón.

Este último llevaba una túnica de pelo de camello de color marrón, calzaba sandalias y tenía un turbante verde en la cabeza. Su expresión era tranquila y su mirada impersonal.

—El pueblo sabe que el rey no verá otro amanecer —repuso.

El primero le dirigió una mirada prolongada e interrogante.

—Lo que no entiendo —dijo— es por qué he tenido que esperar tanto tiempo hasta que tus maestros atacaran. Si ahora han podido asesinar al rey, ¿por qué no lo hicieron hace meses?

—También las artes de lo que se llama magia negra están gobernadas por leyes cósmicas —respondió el hombre del turbante verde—. Al igual que en otros asuntos, las estrellas rigen estos actos. Ni siquiera mis maestros pueden alterarlo. No podían llevar a cabo esta nigromancia hasta que el cielo y las estrellas fueran propicios.

El hombre se detuvo y trazó un diagrama de las constelaciones sobre el suelo de mármol con una larga uña manchada de negro. Luego dijo:

—La inclinación de la luna presagiaba males para el rey de Vendhia. Las estrellas están en desorden, y la Serpiente se encuentra en la Casa del Elefante. Durante esa yuxtaposición desaparecen los guardianes invisibles en el espíritu de Bhunda Chand. Se abre un sendero en los reinos ocultos y una vez que se establece un punto de contacto, se ponen en funcionamiento terribles poderes.

—¿Punto de contacto? —preguntó el otro hombre—. ¿Te refieres a ese bucle de cabellos de Bhunda Chand?

—Sí. Todas las partes desechadas del cuerpo humano siguen perteneciendo a él, unidas por lazos intangibles. Los

sacerdotes de Asura tienen vagas nociones acerca de esto. Por ello los recortes de uñas, cabellos y algunas partes del cuerpo de la familia real se reducen cuidadosamente a cenizas, que luego se esconden. Pero ante los insistentes ruegos de la princesa de Kosala, que amó en vano a Bhunda Chand, este le regaló un bucle de sus largos cabellos negros como recuerdo. Cuando mis maestros decidieron condenarlo a muerte, el bucle, guardado en un estuche dorado incrustado de piedras preciosas, fue robado de debajo de su almohada mientras ella dormía y sustituido por otro tan parecido al primero que jamás notó la diferencia. Luego, el auténtico bucle viajó en una caravana de camellos por la larga ruta que conduce a Peshkhauri y después hasta el desfiladero de Zhaibar, hasta llegar a manos de los interesados.

—¡Tan solo un bucle de cabellos! —murmuró el noble.

—Por medio del cual un alma se aparta de su cuerpo para atravesar enormes abismos siderales —repuso el hombre de la esterilla. El noble lo miró con curiosidad.

—No sé si eres un demonio o un hombre, Khemsa —dijo finalmente—. Muy pocos de nosotros somos lo que parecemos. Yo mismo, a quien los kshatriyas conocen como Kerim Sha, príncipe de Iranistán, soy tan falso como la mayor parte de los hombres. Todos son traidores de una u otra forma, y la mitad de ellos no saben a quién sirven. En ese sentido, al menos, yo no tengo dudas porque sirvo al rey Yezdigerd de Turan.

—Y yo a los Adivinos Negros de Yimsha —dijo Khemsa —, y mis amos son más poderosos que los tuyos, ya que han logrado con sus artes lo que Yezdigerd no pudo hacer con cien mil espadas.

Afuera, el lamento de miles de personas parecía ascender hacia las estrellas que tachonaban la calurosa noche vendhia.

Todos los guerreros nobles de Ayodhya se hallaban reunidos en el gran palacio o en sus alrededores, y en todas

las puertas de entrada había cincuenta centinelas armados con arcos. Pero la muerte entró en el palacio real y nadie pudo impedirle el paso.

El rey volvió a gritar desde la tarima, sacudido por un terrible espasmo.

Se oyó una vez más su voz débil y lejana, y una vez más, la Devi se inclinó sobre él, temblando a causa de un miedo más oscuro que la muerte.

—¡Yasmina! ¡Ayúdame! ¡Estoy lejos de mi casa mortal! Los brujos se han llevado mi alma a través de la oscuridad azotada por los vientos. Están intentando cortar el cordón de plata que me une a mi cuerpo moribundo. Me rodean. Sus manos se ciernen sobre mí y sus ojos son rojos como llamas en la oscuridad. ¡Sálvame, hermana! ¡Sus dedos de fuego me están tocando! ¡Destrozarán mi cuerpo y condenarán mi alma! ¿Qué es esto que se cierne sobre mí? ¡Ay!

Al oír aquel desesperado grito de terror, Yasmina se arrojó sollozando convulsivamente sobre el cuerpo de su hermano, impulsada por la angustia. Los espasmos se apoderaban del cuerpo del rey. De sus labios surgió una espuma blanca y los crispados dedos del hombre dejaron su huella en los hombros de la joven. Pero en ese preciso instante desapareció súbitamente el velo que cubría los ojos del rey y este levantó la cabeza para mirar a su hermana, a quien reconoció.

—¡Hermano! —sollozó la muchacha—. Hermano...

—¡Rápido! —exclamó el rey jadeando, pero hablando con claridad—. Ya sé qué es lo que me lleva a la pira. He hecho un largo viaje y ahora lo comprendo. He sido embrujado por los hechiceros himelios. Me arrancaron el alma del cuerpo para llevársela muy lejos, a una habitación de piedra. Allí lucharon por romper el cordón plateado de la vida y meter mi alma en el cuerpo de un ave nocturna de mal agüero que su hechicería conjuró del infierno. ¡Ahora siento que tratan de levantarme! Tu llanto y la presión de tus manos me hicieron regresar, pero me voy rápidamente. Mi al-

ma trata de aferrarse al cuerpo, pero muy débilmente. ¡Pronto...! ¡Mátame antes que atrapen mi alma para siempre!

—¡No puedo! —exclamó la muchacha golpeándose el pecho con los puños.

—¡Pronto, te lo ordeno! —gritó el moribundo con tono imperioso—. Jamás me has desobedecido... ¡Obedece mi última orden! ¡Que mi alma parta limpia hacia Asura! ¡Date prisa! De lo contrario, me condenarás a una eternidad tenebrosa. ¡Pronto! ¡Obedece!

Sollozando sin cesar, Yasmina extrajo una enjoyada daga de su vaina y la hundió hasta la empuñadura en el pecho de su hermano. El rey se agitó y luego permaneció inmóvil, con una sonrisa en sus labios muertos. Yasmina profirió un grito de dolor y se arrojó al suelo, golpeando las alfombras con los puños. Afuera se oían las campanas...

2. El bárbaro de las colinas

Chunder Shan, gobernador de Peshkhauri, dejó a un lado su pluma de oro y leyó cuidadosamente lo que acababa de escribir sobre el pergamino que llevaba su sello oficial. Gobernaba en Peshkhauri desde hacía mucho tiempo, debido a que en todo momento había calculado cada una de sus palabras habladas o escritas. El peligro engendra precaución, y solo un hombre sagaz logra vivir largo tiempo en un país salvaje en el que las ardientes mesetas vendhias se encuentran con los riscos de los himelios. A una hora de caballo de allí se encuentran las montañas en las que los hombres viven según la ley del cuchillo.

El gobernador se hallaba solo en su habitación, sentado ante la mesa de madera tallada, con incrustaciones de ébano. Por la ventana abierta se veía un pequeño cuadrado azul de noche himelia sembrado de grandes estrellas blancas. El parapeto cercano se había convertido en una línea borrosa, y las almenas y alféizares apenas se distinguían a lo lejos bajo la tenue luz de las estrellas. La fortaleza del gobernador era muy sólida y se encontraba fuera de las murallas de la ciudad. La brisa movía los tapices que había en las paredes y traía los débiles sonidos de las calles de Peshkhauri.

El gobernador estaba leyendo detenidamente lo que había escrito, con una mano delante de los ojos para protegerlos de la luz de la lámpara de bronce que había en la habitación. Mientras leía, moviendo ligeramente los labios, oyó el golpe seco de los cascos de los caballos en el exte-